

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

nombrarlas afina la escucha. Puede ser una angustia que denuncia, un miedo que denuncia, una pesadilla que denuncia, una memoria que denuncia, una imagen o un destello que denuncia, un doler en el cuerpo que denuncia, un insomnio que denuncia, un llanto que denuncia, una rabia que denuncia, y ninguna de estas es síntoma de un trastorno, son expresiones de algo que pugna por ser dicho y que en el contexto adecuado puede dejar de ser vivido como un problema para ser honrado como el comienzo de una protesta.

Y eso es, al final, lo que estas conversaciones buscan, no apaciguar el doler ni hacerlo desaparecer, sino ayudar a que encuentre las condiciones para volverse palabra, denuncia, y junto a otras personas, justicia.

18. Historia de Helena

Helena me contactó con mucha urgencia. No había podido dormir ni descansar. Estaba atravesada por una angustia enorme, con una sensación muy fuerte de culpa, llorando todo el tiempo.

Cuando nos juntamos, le pregunté qué había estado pasando. Entonces me contó que su jefe, un médico psiquiatra, jefe del departamento donde ella trabaja como psicóloga, en medio de una reunión con todo el equipo, lanzó lo que parecía en primera instancia una broma: dijo que ella no podría atender a cierto hombre joven porque había sido amante de él.

El equipo completo se rió. Incluso Helena rió con mucha fuerza. Y luego, sintiéndose obligada, comenzó a dar explicaciones: «Esto no es así. Esto es mentira. Alguna vez conocí a este chico en contexto de terapia, pero lo que está diciendo el médico es falso».

Al terminar la reunión, Helena quedó con una sensación de rabia, impotencia y, sobre todo, culpa.

Helena: Me da tanta rabia cómo respondí. Me da angustia no haber hecho nada más. Me da rabia haberme reído, haberme visto ahí dando explicaciones.

Me contó además que ese médico había sido siempre el único que le había mostrado respeto, alguien en quien había podido confiar.

Con Helena llevábamos ya un tiempo trabajando, sobre todo en supervisiones clínicas, aunque también en algunas conversaciones terapéuticas sobre abusos y violencias que ella había vivido. Por su sensibilidad política, suele tomar partido por las personas que buscan ayuda, adoptando posiciones no patologizantes, de escucha atenta y curiosa más que de imposición de saberes.

Esa postura la había puesto en problemas con colegas y jefaturas, que solían burlarse de ella o diagnosticarla sin que lo pidiera. Le decían que era «demasiado humana», que tenía un «sesgo de bondad», que «confiaba demasiado en la gente». Incluso le lanzaban frases como «no te vayas a enamorar de estos hombres con los que trabajas».

Frente a todo esto, el médico jefe había sido el único que, supuestamente, le reconocía el buen trabajo. Pero también reproducía esa imagen de Helena como «demasiado bondadosa», «excesivamente humana».

En el transcurso de nuestras conversaciones, Helena fue encontrando nombres distintos para lo que tantas veces habían llamado bromas: burla, descalificación misógina, humillación, ataque, imposición.

En esta ocasión, me dijo:

H: Pensaba que el jefe era una buena persona, que era respetuoso. Pero me sentí muy mal.

Le pregunté si ese sentirse mal estaba diciendo algo. Si era testimonio de un saber suyo sobre lo que había pasado en esa reunión. Si lo que el jefe había hecho era nada más una broma, o si era otra cosa. Si era un gesto respetuoso o un gesto que la pasó a llevar.

H: Fue humillante. Muy humillante. Y lo que más rabia me da es que me reí y me puse a dar explicaciones.

Me contó también que, tras la reunión, se le vinieron imágenes a la mente: salir dando un portazo, reclamarle directamente al jefe. Pero en el momento se sintió paralizada.

Aun así, hizo algo que nunca antes había hecho: fue de inmediato a contarle a sus papás.

H: Mi papá ha cambiado mucho. Gran parte del maltrato en mi vida vino de él, pero ahora lo quiero y ha cambiado. Me dijo: «Eso está mal, hija, esto es maltrato. Te debe unas disculpas públicas».

También habló con su esposo, que reaccionó con rabia y ganas de ir a enfrentarse al jefe. Ella lo detuvo:

H: No, querido, nosotros no hacemos ese tipo de cosas.

Se abrazaron y él le dijo que, si tenía que dejar ese trabajo, lo dejara, que juntos verían cómo seguir adelante.

Helena compartió también con amigas y colegas, que le dijeron que lo ocurrido estaba muy mal. Se sintió apoyada, aunque igualmente perseguida por la idea de que «ella no sabía poner límites», un discurso que había escuchado muchas veces en su entorno médico.

Conversamos sobre los límites. Le pregunté a quién le corresponde ponerlos. Si a la persona que está viviendo el abuso o a la persona que está en la posición de ventaja. Si quienes tienen problema con los límites son quienes los defienden o quienes los transgreden. Helena se quedó con esa pregunta. Después dijo lo que ya intuía. Que el problema con los límites lo tiene quien los pasa, no quien los pone.

En ese marco, recordamos la frase de su padre: «Si la humillación fue pública, las disculpas deben ser públicas».

Tiempo después, el jefe la llamó por un asunto de trabajo y, en la conversación, volvió a decirle que ella debía aprender a poner límites. Entonces Helena, con mucho temor, alzó la voz:

H: ¿Tengo que aprender a poner límites? Usted me hizo una broma.

El médico respondió con lágrimas:

Médico: Sí, lo sé. Lo siento mucho. Sé que estuvo mal. Nunca más va a ocurrir. Tú no te mereces esto. Soy machista, soy antiguo, tengo otra escuela, pero está mal.

Helena se conmovió. Pocas veces había visto llorar a un hombre. Lo abrazó brevemente, aunque enseguida quedó atrapada entre culpa y confusión: ¿había hecho bien en confrontarlo? ¿Era justo denunciarlo?

Al reflexionar en conjunto, emergió algo claro: la respuesta del jefe había estado centrada en él mismo, en su arrepentimiento, en justificarse como «antiguo» o «machista». No había restitución, ni reparación, ni reconocimiento profundo hacia ella.

H: Quizás hizo esto para que yo no lo denuncie.

En Chile, la Ley Karin protege las denuncias por acoso laboral, y muchos jefes están asustados. Sin embargo, Helena sentía que si denunciaba, nadie le creería, que la tratarían de exagerada o hipersensible.

Yo le pregunté:

Ítalo: Pero me dijiste que, apenas ocurrió todo, hablaste con tus papás, con tu esposo, con tus amigas. ¿Eso es callar, es silenciarse... o es una forma de denunciar?

H: Creo que es una forma de denunciar. De ponerme al centro.

Me contó que no fue fácil. No sabía cómo reaccionaría su padre. Y sin embargo, él la sorprendió con apoyo constante, mensajes cariñosos, posicionándose claramente frente al abuso. Eso fue reparador.

También conversamos sobre la confusión. Le pregunté si esa confusión podría estar diciendo algo. Si podría ser un signo de que lo que había pasado en esa reunión no había estado bien. Si esa confusión, antes que un problema suyo, podría ser una ventana para empezar a cuestionar la idea de que ella era el problema.

H: Hice lo que pude con lo que tenía en ese momento. Con la desventaja de estar frente a todos mis compañeros burlándose.

Le pregunté qué pasaba con esa risa fuerte. Si era nada más una reacción nerviosa o si estaba haciendo algo. Si era una forma de no quedarse en silencio

frente al jefe. Si protestaba, si marcaba un lugar, si decía algo que no se podía decir con palabras en esa reunión. Helena se quedó pensando.

H: Quizás reírme fue una forma de tomar el control. De hacer notar mi voz.

Vimos entonces que esa risa fuerte, más que inacción, podía ser una manera respetuosa de decir «aquí estoy», de desafiar al jefe y marcar un límite. Lo mismo con sus explicaciones: lejos de ser torpeza, habían sido una forma de defensa, congruente con su manera preferida de relacionarse, sin violencia, sin humillar a nadie.

Al final de nuestra conversación, Helena dijo algo que me pareció muy potente:

H: Ahora siento que la culpa se está disipando. Lo que hice fue congruente con lo que soy. No fui yo quien transgredió los límites. Fue él. Y ahora lo veo claro, sin culpa.

Le escribí un pequeño documento con sus palabras, para que no se las llevara el viento. Unos días después, me dijo que por primera vez había podido dormir tranquila. Y agregó:

H: Me metí en un problema hoy, Ítalo. Pero creo que está bien. Es un problema en el que me tengo que meter, porque hay algo que está siendo transgredido. No importa si las consecuencias son negativas. No voy a tolerar las injusticias ni los abusos.

Manifiesto de Helena

Tengo la convicción de que debe haber buen trato entre todas las personas. Yo no soy transgresora de límites con nadie, con él tampoco.

Pienso que es injusto que me culpen.

Creo firmemente que el doler continuo es una forma de continuar la protesta.

El doctor me pone responsabilidades que no son mías.

Me dice que no pongo límites, pero igual me exige.

Me resisto cuando me dicen que yo no puedo poner límites,
porque quienes transgreden son ellos.

Creo profundamente que no exagero.

A diferencia de antes, hablé con mucha gente.

Denuncié esto con mi marido, con mis papás, con mis amigas.

Lloré.

Tengo el compromiso de denunciar, aunque me cueste ver o articular esa claridad.

Me sorprendieron las respuestas de mi papá.

No soy culpable por reírme.

Uno queda en shock.

Creo profundamente que el doler es lo único que posibilita moverse.

Haber hablado con mis papás, y la respuesta de mi papá,
me sorprendió mucho.

Eso ha sido reparador.

Protesto con mi risa.

Me reí fuerte.

Era una risa larga y rara.

Me puse a explicar, a darme el tiempo de explicar la mentira y el lugar denigrante.

Me reí muy fuerte, con un «oh» por debajo, demostrando que no estaba de acuerdo.

La otra dimensión de la risa, más que reírme, era un «oh, ¿qué pasa aquí?».

Creo firmemente que cuando pensé «esto está mal» tuve razón.

Las imágenes que vinieron eran tomar mi mochila e irme,
denunciar con la Ley Karin,
dar un portazo y salir.

Me resisto a pensar que no hice nada.

Ahora veo que sí me defendí.

Que sí hice cosas.

Al explicar, hubo defensa.

Explicar fue una forma respetuosa de defenderme.
En explicar también puse mi postura.
Creo que sí me pude defender con lo que tenía en la mano,
y no solo con la risa.
Protesto con mi voz y con mi cuerpo.
Reírse fuerte fue una forma de tomar el control,
una manera de hacer que se escuche:
«esto no es así».
Tengo la convicción de que sí respondí.
Incluso explicar las cosas fue desafiar al jefe.
Y estuvo bien, quizá no descortés, no querer saludarlo.
Porque él no hizo nada.
Se justificó, pero no hizo nada.
Creo firmemente que todo esto me hace sentir más tranquila, con menos
pena.
Y siento que lo hice bien.
Esa risa cobró otro sentido ahora.
Creo profundamente que no me había podido defender,
y que eso fue una forma de denuncia.
Y si es psiquiatra, supuestamente seco, debiera darse cuenta
de que es humillación, maltrato, vejación.
Y que sabe que puede hacerlo, y por eso lo hace.
Protesto porque, si se sentía tan mal,
¿por qué no se acercó él y tuve que decírselo yo?
Tengo la convicción de que se me quebró la imagen de él.
Y cuando las cosas se quiebran, yo soy radical.
Ahora lo veo con claridad, sin culpa.
Me puse en otro lugar: con mis papás, yo al centro.
Estoy más tranquila, tengo menos pena.
Lo que cambia para mí no es solo tomar distancia,
sino mi forma de verlo:

ya no soy culpable yo,
él transgredió los límites,
no fui yo la que no los puso.
Es claro el abuso.
Lo veo claro.
Y cuando alguien se equivoca, se nota si quiere hacer algo diferente.
Aquí no se nota.

La sangre en la pared

Tiempo después de estas conversaciones, Helena me contactó para pedirme una supervisión clínica. Helena paga esa supervisión de su bolsillo, en horario extralaboral, porque el hospital no contempla ese espacio ni lo financia. Lo hace porque se lo debe a las personas que atiende. No porque alguien se lo exija ni porque sea un requisito institucional, sino porque forma parte de su ética del cuidado y de su compromiso con hacer bien un trabajo que el sistema permanentemente le dificulta. Es un acto de rendición de cuentas que nadie le pide y que pocas personas conocen.

En esa supervisión me habló de Tamara, una mujer joven que estaba hospitalizada en la unidad psiquiátrica donde Helena trabaja. Tamara había vivido abusos sexualizados desde niña, incluyendo una relación con un hombre trece años mayor cuando ella era adolescente, y luego otra con alguien once años mayor. Llevaba años en el sistema psiquiátrico. Le habían diagnosticado trastorno límite de la personalidad. Había pasado por múltiples hospitalizaciones, intentos de suicidio, autolesiones, sobredosis. También por múltiples terapias, incluyendo la terapia dialéctico-conductual que el sistema le ofreció como si fuera un privilegio. Tamara la dejó porque cuando llegó ya estaba mejor y sintió que no era para ella. En las otras terapias decía que sentía que era un checklist, que le preguntaban si se quería matar, si había tomado las pastillas, y nada más.

Con Helena fue distinto. La conexión no fue inmediata. Tamara llegó con las defensas levantadas, con la desconfianza que se aprende cuando la gente que se supone que te cuida te ha traicionado muchas veces. Fueron meses de recibir rechazos, silencios, pruebas. Helena estuvo ahí. No se fue. No la diagnosticó de vuelta. No la forzó. Y en algún momento Tamara empezó a hablar de cosas que no le había contado a nadie. Empezó a nombrar los abusos, a distinguir lo que había sido consentido de lo que no, a encontrar palabras para lo que le habían hecho. Helena era la única persona en ese hospital que le había ofrecido un contexto donde eso era posible.

Cuando Helena me trajo esta historia a supervisión, lo que me contó es que Tamara había avanzado mucho, que ya estaba encaminada al alta, pero que había ocurrido algo grave. Helena tuvo que anticiparle que no iba a poder seguir disponible de la misma manera, que el proceso de derivación al centro ambulatorio implicaba que la atención iba a pasar a otra colega. Lo hizo con cuidado, con transparencia, anticipándole las cosas para que no las viviera como un abandono repentino. Porque Helena sabía, de todas las conversaciones que habían tenido, que Tamara tenía un miedo profundo a perder a las personas que le importaban. Y sabía que anticipar es una contrapráctica del abuso, porque quien abusa sorprende, asalta, no avisa, no consulta.

Dos minutos después de que Helena salió de la habitación, Tamara se rompió la mano a golpes contra la pared y pintó la pared con su sangre.

Helena llegó a terapia conmigo unos días después en un estado que yo no le había visto. No podía dormir. Veía la imagen de la sangre en todas partes. Lloraba sin poder contenerse.

Helena: Me impactó mucho lo de la sangre. No he estado durmiendo. Y siento que de alguna manera es mi culpa y que yo lo provoqué.

Me contó lo que había pasado con el equipo médico en los días siguientes. En la reunión clínica tuvo que contar delante de todos los doctores lo que había ocurrido. Una doctora le dijo que lo que le pasaba era identificación proyectiva, que tenía que salir de ahí. Otra le dijo que era «como si te hubieran traído una bolsa con caca y la idea es que tú se la devuelvas porque no es

tuya». El psiquiatra le dijo que dejara de ser la mamá de Tamara. Que la bloqueara del teléfono. Que si Tamara se hacía algo después, la podían culpar a ella.

H: Yo les dije que para mí no era una amiga, que lo que me pasa con ella es que me dan muchas ganas de protegerla porque ha sufrido mucho y de alguna manera logramos conectar y eso ha sido muy valioso para mí porque me costó hartó, no fue fácil. Fueron meses recibiendo rechazos y yo estuve ahí hasta que logré entrar.

El médico le respondió que estaba muy bien, que ella era muy buena y muy tierna y muy amable, pero que tenía que dejar de ser la mamá. Que no viera la maldad, que ella era muy buena, que pusiera límites. Frases que Helena había escuchado durante años en ese hospital, dichas con tono de preocupación, con cara amable, a veces incluso con un abrazo. Frases que construyen una identidad de insuficiencia siempre lista para activarse, de modo que cuando algo sale mal la explicación ya está escrita de antemano y ya tiene una autora identificada.

H: Y como que de lo que le dije no me dijo nada. Solo me confirmó que me ve muy buena y muy tierna y que no pongo límites. Y después me dijo «deja de ser la mamá». Es como mi culpa. No me lo dijo, pero lo siento.

Helena me contó también que en la reunión con el equipo ambulatorio que iba a recibir a Tamara, se quedó sola. El psiquiatra que le había dicho que la iba a acompañar no llegó.

H: Dije, mierda, no estoy en condiciones, pero estoy sola y tengo que hacerlo igual. Y entré toda disociada, como en máquina, y me puse a hablar de ella de la mejor manera que pude. La idea era que ella esté presente en esta conversación, que no esté excluida, y que también podamos entender por qué no adhiere a otros dispositivos, qué le falta.

Y lo que hizo Helena en esa reunión, rota por dentro, fue presentar a Tamara desde sus habilidades, desde lo que había avanzado, desde la metáfora que habían construido juntas.

H: Le dije que ella de alguna manera ha ido cruzando un camino de ripio que ahora está en una vía pavimentada, pero que le falta llegar a la doble vía. Ya pasó el ripio. Ya están distintas.

Después habló Tamara y dijo que en las otras terapias no lograba conectar, que sentía que era un checklist, «¿te quieres matar?, ¿sí?, no, ya, ¿tomaste las pastillas?, ya». Y habló también la pareja de Tamara, un hombre que dijo lo que Helena sabía pero no podía nombrar desde su posición.

H: El chico dijo que quería ser sincero, que sentía que el sistema funcionaba como las pelotas y que en realidad veía que esto lo estábamos haciendo porque todo lo otro no había resultado. Qué bacán, dijo lo que yo no puedo decir.

Entonces le pregunté por la sangre. Me había llamado la atención que la mencionara una y otra vez, que la viera en todas partes, que fuera la imagen que no la dejaba dormir.

Ítalo: Siento que estás como en un juicio. Culpa, confesión, lo hice mal. Y esa sangre sería como el juez. Si la sangre tuviera una voz o te dijera algo, ¿qué representa?

H: Es como si hubieran escrito la palabra culpa con la sangre. Es por tu culpa. Tú lo provocaste. Y siento que tengo que ser castigada, sancionada. Pero me doy cuenta de que no me quieren castigar, pero me castigan de otra manera porque igual me siento estúpida, como que no hago nada bien porque soy tan buena que no veo la maldad.

Í: ¿Y cómo te habla esa voz? ¿Qué te dice?

H: Me dice «mira lo que le hiciste, tienes que resolverlo, esto pasó porque tú quisiste, tú no fuiste responsable con ella, no la cuidaste, no manejaste bien las cosas, pasaste límites, tú lo provocaste, así que tienes que asumir».

Helena estaba siendo aplastada por una conclusión negativa de identidad que el protocolo patriarcal del silenciamiento había instalado en ella durante años. No era solo esta situación con Tamara. Era una historia larga de descalificaciones disfrazadas de cuidado, de ser nombrada como demasiado buena,

demasiado tierna, demasiado humana, como alguien que no pone límites y que por lo tanto provoca lo que le pasa. Esa identidad de insuficiencia estaba siempre lista para activarse y esta vez se activó con la potencia de la sangre en la pared. Antes de que yo pudiera preguntarle por el sentido de las acciones de Tamara, antes de que pudiéramos investigar en conjunto qué estaba protestando esa sangre, había que trabajar con esta voz que la estaba aplastando.

Í: Tú no eres indiferente a lo que ella ha vivido, a lo que le pasa. A tal punto que en medio de esta turbulencia que estás pasando, te sentaste en una reunión y honraste ese lugar de ella. Eso estoy escuchando yo. Que no eres indiferente a su dolor. Que todavía no te escucho decir «esta loca de mierda» o «esta psicópata». Me da la sensación de que es tanto lo que la respetas y respetas lo que ella ha logrado, el camino de ripio que ahora es camino pavimentado, que rechazas encontrar el problema en ella. Y en lugar de eso buscas otras explicaciones, y ahí es donde se mete la culpa y genera un problema.

Í: Y me preguntaba algo. Si yo dijera exactamente lo mismo que dijiste tú a estos médicos, yo con la barba, con las canas, ¿me tratarían igual? ¿Me dirían «eres muy bueno, tranquilo, te puedo dar un abrazo»?

H: No, yo creo que no.

Í: No da lo mismo que seas mujer y que seas más joven y que midas un metro y medio. Tu aproximación a la terapia es una que no es culpabilizadora, que no es patologizante y que resguarda la dignidad y las luchas de las personas. Esa es la posición que descalifican. Y la descalifican con frases amables.

Í: Nadie está honrando ni las acciones de ella ni las tuyas. Están buscando el problema todo el rato en todos lados. Cuando las prácticas de ética del cuidado se transforman en «eres su mamá». ¿Por qué mamá? ¿Por qué se tiene que llamar así?

Entonces le pregunté qué cosas, en concreto, le nublaba la culpa. Qué decisiones le costaba tomar cuando la culpa estaba presente. Qué saberes suyos quedaban tapados. Helena dijo que la culpa le nublaba la confianza en su

propio criterio. Entonces le pregunté qué le diría la Helena de hace dos semanas a la Helena de hoy. La Helena que estaba parada en otro lugar, la que había empezado a no importarle tanto lo que le dijeran los médicos, la que se había podido defender frente al jefe. ¿Qué consejo le daría a esta Helena atrapada en la culpa?

H: Me diría que tal vez tengo que tomar licencia, que tengo que parar un poco. Pero siento que me da vergüenza, porque dirían «viste, si su culpa».

Í: ¿Y la salvadora? Tú crees que tienes que ser la salvadora de las personas. Si tuvieras que enseñar terapia, ¿tú le enseñarías a quienes hacen terapia que tienen que ser salvadores?

H: No.

Í: ¿Tiene entonces esa idea de ser salvadora que ver con una trampa de la culpa también?

H: Sí, yo creo que sí.

La culpa no le dejaba ver que lo que ella llamaba «ser salvadora» era en realidad su ética del cuidado operando en un contexto que la dejaba sola. La culpa convertía su compromiso ético en un defecto de carácter. Y la culpa operaba también como mecanismo para que nadie se preguntara por los abusos originales ni por la negligencia institucional. Mientras Helena se sentía culpable, los que abusaron de Tamara descansaban, los psiquiatras descansaban, el sistema descansaba.

Í: ¿Con quién esta mujer ha estado más cerca de denunciar los abusos que ha vivido, contigo o con los médicos?

H: Conmigo.

Í: Los que abusaron de ella están más en riesgo con tu relación con ella o con la relación que ella tiene con los psiquiatras.

H: Conmigo.

Í: ¿Tú generaste el dolor de los abusos que ella vivió o tú generaste un contexto donde ella puede hablar de ese dolor y nombrarlo?

H: Yo siento que intento generar un contexto para hablar de ese dolor, pero muchas veces no logro que el dolor baje.

Í: ¿Quién generó esto en su vida? ¿Tú lo generaste?

H: No. El abuso.

Í: ¿Y quiénes abusaron de ella? Que no hemos hablado de ellos.

H: Abusaron cuando era chica. Tuvo un pololo de trece años mayor, otro de once años mayor.

Í: ¿Por qué la sangre no puso los nombres de ellos en la pared? ¿Quién habrá escrito tu nombre ahí? ¿A quién le conviene que tú asumas culpas por haberle abierto un espacio de confianza?

H: Va a sonar horrible esto, pero yo creo que a los médicos. Y a las personas que le han hecho daño, porque así yo asumo los costos y los recibo solamente yo.

Entonces le ofrecí una especulación. Le dije que quizás esa sangre también podía traer escritas otras palabras.

Í: ¿Tendría sentido pensar que esa sangre podría decir «por fin estoy pudiendo confiar en alguien, por fin alguien toma en serio que los abusos me dolieron, por fin alguien no me trata como loca, por fin alguien honra mi dignidad, por fin alguien no se aleja de mí y entiende que esta lejanía es una forma de cuidarme porque no quiere frustrarme, por fin puedo denunciar a estos hombres que me abusaron, y justo cuando estoy denunciando, justo cuando estoy pudiendo hablar de esto, me arrebatan a la única persona que me está escuchando»? ¿Podría decir eso la sangre?

H: Sí. Sí podría decir eso.

Í: ¿Qué diferencia hace pensar el muro con estas otras palabras?

H: Me pasa una cosa doble. Por un lado alivia, pero por otro lado también el muro pregunta «¿y en serio te vas a distanciar ahora?».

Í: O sea, la culpa se mete. En lugar de volver a responsabilizar a los psiquiatras que están haciendo mal su trabajo, a los que abusaron de ella, a los que la traicionaron y le enseñaron que no podía confiar, la culpa vuelve a ponerte a ti en el centro. «Ahora les toca a ustedes», les diría yo.

¿La van a escuchar? ¿Le van a abrir lugares? ¿O vamos a seguir haciendo que la Helena se tenga que hacer cargo de todo esto?

H: Es muy buena forma de verlo, porque ahí logro salir un poco. Es como que no tengo que ser yo. Pero no sé si hay otros que se vayan a preocupar tanto.

Le dije a Helena algo que también quiero dejar escrito aquí, porque toca la rendición de cuentas. Le dije que yo no era una autoridad en esto, que no me percibía políticamente como alguien que pudiera decirle si estaba haciendo bien o mal su trabajo, porque yo no estaba allá, yo no me tenía que meter a las reuniones, yo no logré lo que ella había logrado con esa mujer, yo no tenía que comerme el llanto para atender a otras personas cuidando su dignidad también, yo no estaba recibiendo las descalificaciones de los médicos disfrazadas de buen trato.

Í: Yo estoy sentado acá en mi casa recibiendo honorarios por conversar contigo una hora en relación a cómo tú estás haciendo un montón de cosas. No estoy descalificando mi trabajo, estoy tratando de poner las piezas en su lugar.

Le ofrecí pensar la sangre como se piensa un incendio. Si alguien prende fuego a un bosque, y los bomberos hacen todo lo que pueden con los medios que tienen. Salvan a algunos animales, a otros los ven morir, y les da mucha pena porque estaban ahí. Le pregunté si sería justo que esos bomberos se sintieran culpables. Si sería justo que vinieran a terapia diciendo «soy culpable de que se murieron los animales que no pude salvar». O si sería más justo mirar quién provocó el incendio, quién dejó el bosque sin agua, quién no llamó a los bomberos a tiempo.

Í: La vida de Tamara no está en tus manos. Hay un incendio más grande. Tú eres una bombera y no puedes apagar todo el incendio del bosque sola.

Í: Si los psiquiatras fueran otras personas, si tu equipo médico fuera gente que te respeta y te acompaña, ¿tú crees que te estarías sintiendo así?

H: No. Yo creo que sería todo distinto. Pero tal vez me preocuparía el que yo todavía no me logro poner en el lugar que debería estar. Siento que no me lo merezco, no valgo lo suficiente. Como que para eso sirvo, para sostener. Fui buena cuando chica. Soy buena de grande.

Í: ¿Será coincidencia que sean dos mujeres las que están doliendo, manchadas con la misma sangre? ¿Que los que abusaron ni siquiera los estamos nombrando? ¿Que los médicos hablen condescendentemente como si fueran el papá de niñas de tres años? ¿Será casual que las que están condoliendo sean ustedes dos y el resto descanse en ese dolor?

H: No. Yo creo que todo está estructurado para que sea así. Todo está armado.

Í: Ese muro debe decir muchas cosas. Esa sangre es muy valiosa.

Le pregunté cómo se quedaba.

H: Más tranquila. Me quedo pensando en confiar en las decisiones de ella. Mi angustia hace que no vea eso.

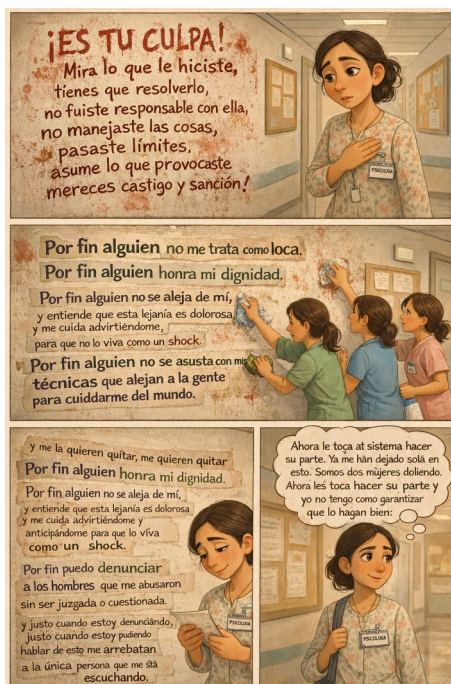
Como hice con su manifiesto, le escribí a Helena un documento con las dos lecturas de la sangre, una al lado de la otra, sin explicación ni didactismo.

En un lado, la voz que acusaba: «¡Es tu culpa! Mira lo que le hiciste. No fuiste responsable. Pasaste límites. Mereces castigo y sanción».

En el otro, las palabras que habíamos encontrado juntas debajo de esa sangre: «Por fin alguien no me trata como loca. Por fin alguien honra mi dignidad. Por fin alguien no se aleja de mí y entiende que esta lejanía es dolorosa. Por fin alguien me cuida advirtiéndome y anticipándome para que no lo viva como un shock. Por fin puedo denunciar a los hombres que me abusaron sin ser juzgada ni cuestionada. Y justo cuando estoy pudiendo hablar de esto, justo cuando estoy denunciando, me arrebatan a la única persona que me está escuchando».

Y al final, una frase que condensaba la redistribución de la responsabilidad que la conversación había ido construyendo: «Somos dos mujeres doliendo. Ahora les toca hacer su parte».

El documento



Esta imagen fue generada con inteligencia artificial y tiene errores de producción. Otros documentos como este los he hecho a mano, con otras aplicaciones, con música, con bordado, con lo que queramos. Los entrego muy pronto después de la conversación, a veces incluso durante ella. No busco precisión en la hechura, sino la re-presentación de los relatos preferidos o de expresiones de ellos.

Los documentos como este son parte de lo que hacemos en la práctica narrativa. Le escribí una carta a Sofía con sus saberes sobre la silla, recogí el manifiesto de Helena, y le hago documentos parecidos a muchas de las personas que acompaño. No son informes ni resúmenes clínicos. Son textos que recogen las palabras de las personas en sus propios términos y que les devuelven una imagen de sí mismas que no es la que el protocolo les ofrece. Funcionan como territorios de identidad que las personas pueden habitar y visitar cuando la culpa o la confusión vuelven a nublar lo que ya habían podido ver

con claridad. A veces les llamamos contradocumentos por el hecho de consignar saberes subyugados y relatos subordinados.

Cuando trabajamos con una persona que está doliendo, lo primero que captura nuestra curiosidad es el sentido de ese dolor, las acciones que ha tomado, los saberes implícitos, los valores que se ponen en juego. Eso es lo que he descrito en los capítulos anteriores. Pero a veces la primera expresión de dolor que encontramos no es la de la persona que vivió el abuso sino la de alguien que está respondiendo a ese abuso desde una posición de cuidado y que ha sido reclutada por el protocolo patriarcal del silenciamiento para sentirse culpable. Helena no podía pensar en las acciones de Tamara porque la culpa le nublaba el criterio. Y la culpa no era un problema psicológico de Helena. Era el resultado de un sistema que produce esa culpa como mecanismo para que nadie se pregunte por los abusos originales ni por la negligencia institucional.

Entonces, antes de poder investigar el dolor de Tamara como un tipo de acción, necesitamos externalizar la conclusión negativa de identidad que el protocolo ha instalado en quien intenta cuidar. Separar a Helena de esa voz que le dice que es culpable, que es mala terapeuta, que es demasiado buena, que no pone límites. Solo cuando esa separación ocurre se puede ofrecer otra lectura de la sangre. Solo entonces se puede preguntar qué está protestando Tamara, a quién le está golpeando ese muro, qué está denunciando con su cuerpo lo que ningún espacio institucional le ha permitido denunciar con palabras.

Lo que Helena hace en ese hospital, todos los días, con cada persona que atiende, escuchando lo que nadie quiere escuchar, preguntando lo que nadie se atreve a preguntar, sosteniendo vínculos que el sistema quisiera que fueran más breves y más protocolares, pagando de su bolsillo la supervisión para cuidar la calidad de ese trabajo, es una forma de activismo íntimo dentro de una institución que funciona en buena medida como extensión del protocolo patriarcal del silenciamiento. Y su dolor, su insomnio, su llanto, la imagen de la sangre que la persigue, no son síntomas de una psicóloga que no pone límites.

Son la expresión de alguien que no es indiferente al dolor de otra persona, que se rehúsa a tratarla como un diagnóstico, que ha logrado generar un espacio donde por primera vez alguien puede empezar a denunciar, y que paga el costo de eso con su propio cuerpo porque el sistema se niega a asumir su parte.

Dos días después

Dos días después de esa supervisión, Helena me escribió pidiéndome permiso para contarme lo que había ocurrido. Me envió varios audios largos. Lo que relato a continuación lo reconstruyo a partir de esos audios, con su permiso, y con el compromiso de que lo que quede aquí les sirva a otras personas que trabajan en contextos institucionales donde el protocolo patriarcal del silenciamiento opera a la base de la estructura.

Helena se despertó el miércoles sin querer ir a trabajar. Tenía angustia, miedo, pena. Pero fue. En la entrega de turno uno de los médicos le preguntó si iba a abordar el tema con Tamara, que ya tenía fecha de alta. Helena le dijo que sí, que quería hacer algo, pero que le daba cosa por los planes del equipo. Lo que quería hacer era rendirle cuentas a Tamara. Nombrar que en su vínculo había habido ambigüedades, que ella no había sido clara respecto a los límites del contacto por WhatsApp, que eso había generado confusión, y que no iba a seguir disponible de la misma forma. El doctor le dijo que esa conversación le parecía bien, pero que tenía que ser técnica. Que no mostrara fragilidad. Que explicara con distancia, casi con fórmulas, que ella no había establecido límites claros. Le dictó frases. Helena las anotó.

En esa conversación el doctor le preguntó «pero tú no eres perversa, ¿cierto?», en referencia a que él insiste en que Tamara pervierte los vínculos y es violenta. Helena le dijo que creía que no. El doctor le confirmó que no. Esa pequeña escena muestra cómo opera la cultura binaria dentro de los equipos. La pregunta no era un chequeo genuino, era una reafirmación del reparto. Tamara en el lugar de la perversa. Helena en el lugar de la bienintencionada. La enfermera que facilitó el contacto en el lugar de la manipuladora. Cada

persona asignada a un polo y el sistema intacto. Helena salió de esa conversación con instrucciones de cómo hablar con Tamara, con un libreto casi. Y con una tarea imposible, que era sostener esa asignación de lugares mientras hacía algo distinto.

Llegó a la unidad, despertó a Tamara, la saludó con naturalidad. Le preguntó cómo había estado el permiso. Y empezó a hablar. Durante los primeros minutos intentó la vía técnica que le había dictado el doctor. Pero, como ella misma me contó en el audio, le afloró algo que no era eso. Le afloró el corazón. Le dijo a Tamara que habían tenido que hablar de su relación por el tema de los WhatsApp. Le dijo que había notado que Tamara estaba esperando cosas de ella que ella no podía entregar, que no podía sostener. Y le dijo lo que el libreto técnico no contemplaba. Le dijo que ella misma no había sido clara, que había sido ambigua, que había generado confusión, y que le correspondía rendirle cuentas por eso.

Lo que Helena hizo al reconocer su parte no es lo mismo que lo que Tamara hizo después al decir «yo me pasé, yo fui inadecuada, yo también tengo responsabilidad». Son dos actos distintos. Helena rindió cuentas. Tamara se hizo responsable. La rendición de cuentas es una obligación ética de quienes están en posición de ventaja en una relación asimétrica. Helena estaba en ventaja respecto a Tamara por ser la psicóloga, por tener el rol, por representar a la institución, aunque ella misma estuviera en desventaja dentro de esa misma institución. Esa ventaja tiene un correlato ético. Exige revisar cómo se ejerció el poder, qué ambigüedades se instalaron, qué confusiones se produjeron. No se rinde cuentas desde la desventaja porque no se tiene el poder que justifica esa práctica.

Hacerse responsable es otra cosa. Hacerse responsable de una acción propia que pudo haber sido injusta o problemática para otra persona no exige estar en ventaja. Se puede hacer responsable cualquier persona desde cualquier posición. Tamara pudo hacerse responsable de su propia decisión de escribir, de pedir cosas que no correspondían al vínculo terapéutico, de ejercer presiones

sobre alguien que representaba para ella una figura de cuidado. Eso no es rendirle cuentas a Helena. Es reconocer una acción propia.

Esta distinción importa porque la confusión entre ambas cosas suele ser parte del protocolo. Cuando la rendición de cuentas se presenta como algo mutuo y simétrico, las responsabilidades quedan repartidas en partes iguales y la asimetría original desaparece. En esta historia, presentar la conversación como una rendición de cuentas recíproca habría invisibilizado que Helena estaba en el lugar con más poder y, al mismo tiempo, habría sobrecargado a Tamara con una exigencia que no le correspondía desde su posición.

Los que sí deberían estarle rindiendo cuentas a Helena son los médicos. Ellos están en posición de ventaja respecto a ella en ese equipo, por jerarquía, por clase profesional, por género, por muchas razones. Cuando la tratan condescendentemente, cuando le dictan frases, cuando le dicen que no muestre fragilidad, cuando una colega le dice «que no te hagan tonta» y la deja sola con la carga de esa expresión, no están rindiéndole cuentas. Están sosteniendo el protocolo que permite que todo esto ocurra. Creen que la apoyan, pero lo que hacen es ubicarla una vez más dentro de los binarios institucionales. Ella es la demasiado sensible, la que se involucra demasiado, la que no pone límites, la excepción bienintencionada en un mundo donde lo correcto sería ser más técnico. Bajo ese gesto aparentemente benévolo opera la individualización de su ética como un rasgo personal en lugar de reconocerla como una posibilidad política que podría ser de todos.

Volvamos a la conversación con Tamara. Helena le preguntó si su forma de trabajar había sido importante para ella. Tamara le dijo que sí, que había sido un espacio seguro, que la escucha había sido importante, que nadie la había trabajado así antes. Helena le dijo que lamentaba profundamente que aunque su intención había sido buena, se hubieran producido situaciones complejas que ella no podía sostener afuera del hospital. Tamara le pidió disculpas varias veces. Le dijo que se había pasado, que reconocía su parte, que entendía por qué Helena necesitaba cortar el contacto por WhatsApp. Las dos estuvieron un rato muy culposas. Helena me contó que en ese momento trató de

externalizar la culpa en relación a lo que se quería hacer a Tamara, es decir, trató de que la culpa no se fijara como una propiedad interna de ninguna de las dos sino como un producto del contexto en el que estaban operando.

Después hablaron de la sangre. Helena le preguntó qué había querido decir esa sangre. Qué diría si tuviera voz. Tamara primero dijo que había sido una forma de canalizar angustia. Y después dijo algo más. Dijo «que me vean». Cuando Helena me relató esto, me dijo también que había podido verle la lesión en el brazo, que era muy pequeña, y que esa desproporción entre el tamaño del corte y la cantidad de sangre que había pintado en la pared confirmaba lo que Tamara acababa de decir. La sangre no era un desahogo proporcional a una herida. La sangre era un mensaje. Un mensaje dirigido. Dirigido al hospital, al equipo, al sistema. Un «mírenme» que hizo falta un muro para poder pronunciar.

Esa respuesta de Tamara fue suya. Helena y yo, en la supervisión dos días antes, habíamos especulado que la sangre podía estar diciendo algo distinto a «es tu culpa, Helena». Habíamos explorado la posibilidad de que estuviera diciendo «por fin alguien me escucha». Tamara la formuló de otra manera que amplía lo que habíamos imaginado. Ella no necesitaba ser escuchada solo por Helena, que ya la escuchaba. Necesitaba ser vista por quienes se negaban a verla. El muro era el lienzo de una denuncia dirigida al sistema hospitalario que solo reaccionaba ante la sangre y no ante las palabras. Una acción corporal convertida en mensaje dentro de una institución psiquiátrica.

Hubo otro momento de esa conversación que Helena me contó con cuidado. Tamara le había regalado tiempo atrás un libro titulado «La persona vitamina», de una psiquiatra. Helena lo tenía guardado sin abrir. Cuando Tamara le preguntó si lo había leído, Helena le dijo que no. Y le dijo por qué. Le dijo, literalmente, que no se sentía merecedora de ese regalo. Que sentía que no había podido sostenerla bien en el momento en que Tamara le había enviado el mensaje amenazando con matarse, y que por eso no se había atrevido a abrir el libro. Tamara quedó descolocada. Y le respondió que ella sí era una persona vitamina, que no lo decía solamente por sí misma sino por los

otros pacientes de la unidad que habían conversado sobre Helena y que coincidían en eso.

Esa respuesta de Tamara también es importante. Habla de un colectivo del que Helena no tenía registro. Un colectivo de personas hospitalizadas que, cuando se juntan entre ellas y hablan de quienes las atienden, reconocen a quienes las tratan con dignidad y a quienes no. Esa distinción que hacen es una forma de saber que el sistema ignora por completo, porque no tiene cómo leerla. No cabe en ningún protocolo ni en ninguna encuesta de satisfacción. Pero existe, circula entre pacientes, les permite orientarse en un sistema que suele tratarlos como cuerpos administrados. Tamara le estaba devolviendo a Helena una imagen que venía de ese colectivo, no solo de ella.

Helena salió de esa conversación con una sensación rara. Por un lado, la sentía como una conversación cuidadosa. Había podido rendir cuentas. Había podido externalizar la culpa sin negarla. Había podido tratar a Tamara con respeto, sin patologizarla, sin reducirla a su diagnóstico. Y Tamara le había devuelto todo eso con cariño. Por otro lado, Helena me decía en el audio que se sentía rota. Que le dolía algo que no podía nombrar. Que había pena profunda. Parte de ese dolor venía de algo que le había ocurrido ese mismo día, antes o después de la conversación con Tamara, no lo tengo claro. Una colega del equipo le había pedido que revisara a otra paciente con la frase «para que no la hagan tonta». «Para que no te hagan tonta», en realidad. La colega le había explicado que esa paciente fingía estar mejor. Helena se quedó rumiando. «Ya, perfecto. O soy tonta y no soy capaz de darme cuenta de nada». Y me decía que eso la había matado.

Esa frase de la colega es una tecnología del protocolo en acción. No es un insulto directo. No es un abuso explícito. Es un gesto aparentemente solidario que, al ser formulado, ubica a Helena como alguien que podría ser engañada por una paciente, es decir, como alguien que no sabe leer la situación clínica con la sofisticación suficiente. Y al ubicarla así, la ubica también jerárquicamente por debajo. Un psiquiatra hombre no recibe esa advertencia. A un psiquiatra hombre no se le dice «para que no te hagan tonto». La advertencia

solo circula entre quienes están en posición de ser tomadas por tontas, y esa posición no es casual. El protocolo opera distribuyendo esas pequeñas frases, esas microindicaciones sobre cómo debería ser una buena profesional, que terminan convenciendo a las mujeres que trabajan en los hospitales de que su sensibilidad es un problema. Y esa convicción les genera culpa, y esa culpa las silencia, y el protocolo sigue operando.

Cuando terminé de escuchar los audios de Helena le respondí por audio también, esa misma noche. Le dije que lo que me había contado sonaba a haber hablado desde el corazón, y que eso era congruente con lo que habíamos conversado antes sobre lo que era importante para ella en el trabajo con las personas. Le dije que podía reconocer en sus decisiones el cuidado, la rendición de cuentas, el respeto, la claridad para dejar cosas claras sin dejar de ser cercana. Le dije que me parecían decisiones arriesgadas, desobedientes, subversivas dentro del contexto en que trabaja. Y le dije algo sobre la sangre que me importaba nombrar. Le dije que la sangre no había estado diciendo «es tu culpa, Helena». Que Tamara no había estado hablando de ella directamente. Que la sangre había estado diciendo «mírenme». Y que en todo caso, si había algo que la sangre decía sobre Helena, era «cómo me miro y cómo me mira Helena». Era un espejo compartido, no una acusación.

También le dije, porque me parecía importante nombrarlo, que el contexto en el que trabaja no valora lo que ella hace, no lo ve, no logra identificarlo. No tiene los criterios, ni los saberes, ni la aproximación teórica, ni la sabiduría, ni la ética para poder leer esto. Y quizás tampoco le interese tenerlos. Le dije que eso que llaman bueno o malo tiene mucho que ver con una cultura binaria que los mismos médicos habitan y sostienen, y desde la cual solo se puede tomar partido, decir quién la cagó, quién fue perverso, quién es la víctima y quién el verdugo. Le dije que dentro de esa cultura binaria lo que ella estaba haciendo era más subversivo todavía. Que tenía valor precisamente porque era contracorriente, aunque ese valor no se reconociera en su entorno inmediato.

Aunque estoy conforme con lo que mis conversaciones han contribuido a que Helena se posicione por fuera de la culpa y dé pasos guiados por sus

valores y compromisos, creo que no logré del todo descentrar mi voz siempre. Entiendo que hay situaciones en las que las personas necesitamos que alguien nos diga «sí, está bien, hazlo». Helena trabajaba en un contexto hostil, estaba sola frente a un equipo que le dictaba cómo hacer las cosas, necesitaba una voz que le confirmara que lo que ella intuía tenía sentido. Pero también soy consciente de los riesgos que eso conlleva. Afirmar o validar una práctica es un lado de un continuo que implica también poder cuestionarla, es decir, ubicarme a mí, mis criterios, mi voz y mis perspectivas como autoría primaria. Y justamente uno de los desafíos de Helena me parece que es cuestionar el autoritarismo de las voces del juicio, la culpabilización y el avergonzamiento que operan en su contexto institucional. Si yo me convierto, aunque sea con buenas intenciones, en una voz cuya aprobación ella espera, estoy reproduciendo desde el lado amable algo que el protocolo hace en su lado duro, que es ubicar la validez de las voces de las mujeres en la aprobación de otros.

En varios momentos me vi lidiando con esta tensión. Pero tenía que tomar decisiones rápidas, no perfectas, y eso es parte fundamental del quehacer. Me vi lidiando en el WhatsApp con lo mismo que Helena lidiaba con Tamara. ¿Será lo más pertinente responder así? ¿Estaré reforzando el hecho de que la validez de la voz de Helena depende de la aprobación de otros? Además, soy hombre. Fui su profesor. Le he hecho supervisión y terapia. Tengo más edad. Hay otras posiciones que me ubican en un lugar ventajoso, aunque yo declare lo contrario o haga esfuerzos por emparejar la cancha. No podemos emparejar la cancha. Quizá podemos hacer visibles las desigualdades y reconocer y honrar las respuestas de las personas dentro de ese contexto de inequidad. Conmigo, en el trabajo, tampoco puedo ser horizontal. Más bien toca asumir la verticalidad que la relación establece antes de nosotros. Lo ideal es usar esa influencia para que la voz de Helena tome protagonismo. Me refiero a lo que White llamó influencia descentrada, que desarrollo en otros pasajes con mayor extensión. A veces lo logré de formas que me dejan conforme. Otras muchas de maneras más enredadas e imperfectas. Pero son decisiones, y lo que me interesa siempre analizar posteriormente, con mi propio trabajo y también en

supervisión a colegas, es qué estamos tratando de cuidar u honrar con nuestras decisiones de la práctica. Eso permite hacer visible lo que está en el centro de nuestro quehacer. Como el corazón de Helena. Y pensar de manera continua nuevas formas de responder que no se alejen de ese centro.

La metáfora de emparejar la cancha siempre me ha parecido útil, pero me la imagino un poco diferente a como suele representarse. Sí es una cancha con inclinación, con una pendiente en la que quienes están arriba representan la ventaja en forma de privilegio y quienes están abajo representan la desventaja, y para lograr una meta, un gol, quienes están abajo deben hacer muchísimos más esfuerzos y, aun así, nada garantiza que lo consigan. Hasta ahí la imagen funciona. Pero yo no imagino una cancha rectangular. Imagino un triángulo, con una esquina arriba y dos esquinas abajo. Esa forma representa y reconoce que la minoría numérica está arriba en el privilegio, a costa de la mayoría numérica, que es minoría en términos de poder. La distinción entre mayoría y minoría no hace referencia a una cantidad numéricamente inferior, sino a un estado objetivamente definible o subconjunto que se encuentra territorializado, dominado y determinado por el patrón normativo de un conjunto mayoritario (Deleuze y Guattari, 2004; Lazo, 2023). Pedro Lemebel lo dijo de una manera que me gusta más citar directamente: «Cuando se habla de minorías, no se habla de una suma matemática, de una suma en términos de cantidad. Se habla en relación al poder. O sea, una multitud de personas frente a un hombre armado es minoría».

El centro, en la terapia narrativa de la dignidad, es la sabiduría de las personas, que accedan a su pericia de vida, que sus voces sean autoras y protagonistas de las decisiones políticas que toman en sus vidas y trabajos. Michael White lo nombró cada vez que pudo. En uno de los cuadernos donde registré horas y horas de videos de sus clases, terapias y supervisiones en Australia, quedó anotada una idea que he conservado como guía de trabajo. Las personas son mucho más sabias de lo que saben que son. Nuestro trabajo consiste en que puedan acceder a esa sabiduría para que guíe los pasos que irán dando.

Eso intento con Helena, con imperfecciones, con enredos, con momentos en que valido más de la cuenta y momentos en que logro devolverle sus propias palabras sin ensuciarlas con las mías. La historia continúa. Como todo lo que importa, no termina acá. Continuará en próximas supervisiones y, probablemente, en muchas otras conversaciones después. Lo que sí queda dicho hasta aquí es que Helena rindió cuentas en un contexto que no le enseñó a hacerlo y que le exigía en cambio ser técnica. Que Tamara respondió con un «mírenme» que nombra con precisión lo que el sistema se niega a ver. Que las dos doliendo han logrado algo que ningún protocolo clínico habría conseguido, que es generar un espacio donde una denuncia empieza a ser posible. Y que los médicos, que creen estar apoyando, están, sin saberlo o sabiéndolo, sosteniendo el protocolo con su reparto de papeles binarios.

19. Fabiola y Agustina

Mientras la culpa de las mujeres-madre se aviva como fuego en monocultivo, los hombres-papá viven, en su gran inmensa mayoría, completamente ajenos al fuego.
(ÍLG)

Unos días después de un taller que ofrecí sobre estas ideas, Fabiola Morales me escribió para contarme que algo había cambiado. Que la idea de doler como logro colectivo le había permitido ver de otra manera lo que estaba viviendo su hija Agustina, de cuatro años, y que eso la había llevado a tomar una decisión que todo su entorno le decía que no tomara. Le pedí que nos juntáramos para que me contara la historia y para hacerle algunas preguntas.

Agustina nunca había ido a un jardín ni a un colegio. Fabiola y su familia la habían criado en casa, turnándose entre ella, su esposo Matías y los abuelos. Agustina nació con una condición médica que los hizo ser más cuidadosos. Cuando cumplió cuatro años decidieron que era momento de que conociera a